

065. Esclavos, ¿de qué y de quién?

Si nos ponemos a escoger entre todos los bienes que podemos disfrutar, ¿en qué lugar pondremos la *libertad*? Junto con la salud, la libertad ocupa el primer lugar. Salud y libertad son los dos bienes supremos en la vida.

Somos tan amantes de la libertad, que no concebimos una vida de esclavos, ni en el orden personal como en el orden social.

Cuando la sociedad quiere vengar un delito, aplica la cárcel, que es la privación de la libertad, y con ello castiga de verdad al culpable que ha ofendido a la misma sociedad.

Miramos después a los pueblos, y nos sacan de quicio esas pobres naciones que han caído bajo la tiranía de un sistema totalitario, como el comunista, y no sabemos qué haríamos para liberarlas de una esclavitud desesperante.

¡Bendita sea la libertad, y maldita la esclavitud, venga de la ideología que venga y sea de la categoría que sea! Dios nos ha hecho libres, y queremos vivir ese bien supremo que nos ha dado el Creador.

¿Verdad que todos estamos conformes con este discurrir que acabo de exponer?... Pues, ahora les cuento de qué me ha venido la idea de hablar así.

Formando pacientemente cola en la ventanilla del banco en un día de pago, tuve tiempo de hacer una meditación provechosa. No sé por qué, los textos de la Biblia y las experiencias de la vida se me agolpaban a la vez, sin orden alguno a ratos, y a veces con lógica de hierro. Y todo, por la camiseta del muchacho que durante más de media hora —no exagero— estuvo con la cajera ante la impaciencia de todos. La camiseta del cuento decía en inglés: *Esclavo del deporte*.

¡*Esclavo!* —me decía yo—, mientras muchacho y cajera me daban tiempo para reflexionar.

Pero, ¿es posible que un chico joven pisotee su libertad, aunque sea con una bota de jugar a fútbol?

¿Es posible que muchos, por el deporte de fin de semana, se esclavicen de tal manera al juego, que pierdan la libertad de los hijos de Dios, porque no le dan a Dios ni la media hora de la Misa dominical?...

Oír la confesión de un joven que así hace pública su pasión resulta simpático y divertido. Aunque no deja de ser preocupante.

Porque no vale la pena hacerse esclavo y amarrar la propia vida a cosas que ni van ni vienen. Existen otros motivos más nobles a los cuales apegarse como lapas a las rocas de la playa.

Muy bien ser esclavos de los libros. Muy bien ser esclavos del trabajo propio que nos realiza. Muy bien ser esclavos de los altos ideales que nos van a engrandecer.

¡Esclavo del deporte!... Al ver esta camiseta me puse a recordar casos que he oído contar.

Por ejemplo, un hincha apasionado de su célebre equipo, que declaraba a un periodista su esclavitud al deporte y al tabaco a la vez, cuando le decía:

- *Hasta que comienza la liga, no enciendo con satisfacción el puro. Si el equipo pierde, no tengo más remedio que fumar y más fumar, para calmar los nervios. Y si el equipo gana, los puros se suceden uno tras otro para celebrar el triunfo...*

Otro fue más divertido todavía, pues ordenó que, al morir, fuera su cadáver incinerado y las cenizas esparcidas sobre el césped del campo de fútbol, para abonar el entusiasmo de los jugadores de su equipo mientras estuviesen jugando...

Estos casos, que resultan cómicos, nos hacen reflexionar: ¿vale la pena perder la libertad personal por el deporte?...

Solamente, que mi fe católica me llevó a pensar en esclavitudes mayores.

Y recordaba lo que un sacerdote de nuestra Parroquia nos contaba como ocurrido a él mismo. Estaba ocasionalmente en una Iglesia de Estados Unidos, y se le acerca una madre de habla hispana llena de desespero:

- *¡Por favor, hable con mi hijo!*

Y entró el muchacho, que le soltó de buenas a primeras:

- *Padre, no se empeñe ni se canse, y ni tan siquiera se moleste en hablarme. He venido solamente para dar gusto a mi madre y para que se calle de una vez. Lo que hago —y lo que hacía era practicar la homosexualidad— no lo dejaré. Y no porque no pueda, sino porque no quiero dejarlo.*

¡Esclavo del vicio!... Esto ya es peor que ser esclavo del deporte o del tabaco... Semejante esclavitud no la queremos en ningún hermano. Por eso le tendemos la mano para ayudarlo a conseguir la libertad y con la libertad la paz y la felicidad de la vida.

Si San Pablo nos dice que, por haber sido comprados con un precio altísimo como es la Sangre de Cristo, no hemos de ser esclavos de ningún hombre, ¿cómo hacernos esclavos del Maligno por antonomasia? (1Corintios 7,23)

El pecado es la cadena que ata. El dueño cruel es Satanás. La cárcel en que amarra para siempre, es lo que Jesucristo llamó el *lugar de tormentos*. Una esclavitud en cadena como ésta, ¡para nadie!... (Lucas 16,28)

¡Muchacho de la camiseta, gracias por la lección que me diste! Pero ahora te digo que no te hagas esclavo de nada ni de nadie. Ni tan siquiera del deporte. Nosotros gritamos *¡Viva la libertad!* en el mejor de los sentidos. Libres de un vicio cualquiera. Libres de hombres que conculcan nuestros derechos. Libres para caminar por el mundo, con la dignidad de seres humanos y la alegría de los hijos de Dios...